

ITINERARIO ESPIRITUAL DE LA NOVENA

2020

¡Consoladora de los afligidos!

No puede por tanto estudiarse la inclusión de las mismas sin que se tenga en cuenta la época en la que son incorporadas. Benedicto XV incluyó el título de «Reina de la Paz» en 1917 en medio del conflicto de la Gran Guerra. Pío XII sumó «Reina Asunta al Cielo» tras el dogma de la Asunción. Las incorporaciones por parte del Papa Francisco no se entenderían por tanto sin contextualizarlas dentro de la crisis a nivel mundial que todavía no ha remitido en la mayoría de los países.

Peregrina hacia la Santa Jerusalén del cielo, para gozar de la inseparable comunión con Cristo, su Esposo y Salvador, la Iglesia recorre los caminos de la historia encomendándose a Aquella que creyó en la palabra del Señor. Sabemos por el Evangelio que los discípulos de Jesús aprendieron, desde el principio, a alabar a la «bendita entre las mujeres» y a contar con su intercesión maternal.

Son innumerables los títulos e invocaciones que la piedad cristiana, a lo largo de los siglos, ha dedicado a la Virgen María, camino privilegiado y seguro para el encuentro con Cristo. También en el tiempo presente, atravesado por motivos de incertidumbre y desconcierto, el recurso devoto a ella, lleno de afecto y confianza, es particularmente sentido por el pueblo de Dios.

Como intérprete de este sentimiento, el Sumo Pontífice FRANCISCO, acogiendo los deseos expresados, ha dispuesto que en el formulario de las letanías de la Bienaventurada Virgen María, llamadas «Lauretanas», se inserten las invocaciones «Mater misericordiae», «Mater spei» y «Solacium migrantium».

Madre de la Esperanza

Una de las nuevas invocaciones añadidas a las Letanías por el papa Francisco. Ha sido quizá la que más expectación ha despertado por el fervor que se manifiesta hacia las imágenes de esta advocación.

Invocar a María como Madre de la Esperanza en estos tiempos difíciles, en los que podemos llegar a tener pensamientos de desesperación, ya que la desesperación llega en momentos en los que no se puede hacer nada más. Así podemos sentir que no estamos desesperados, porque la Virgen María es Madre y está cerca de nosotros en momentos de desesperación.

El término “esperanza” es habitual en otro tipo de letanías. Aunque más desconocidas, son tan múltiples sus versiones que no es extraño encontrar referencias en ellas. Las *Letanías de la preciosísima sangre de Nuestro Señor* recoge «Sangre de Cristo, esperanza de los penitentes». En la *Letanías a María «Madre de la Iglesia»* inspiradas en el texto de la Constitución «*Lumen Gentium*», n.º 8. Se aprecian las referencias «Virgen de la esperanza» y «signo de segura esperanza». En las *Letanías a Santa María de Monte Bercio*, se lee «Santa María, sostén de esperanza», y «Mujer de la esperanza» y «Esperanza de los pecadores» en las *Letanías a la Virgen Dolorosa*, datadas en 1986.



Catequesis del papa Francisco, 10 de mayo de 2017

María pasó más de una noche en su camino de madre. Desde la primera aparición en la historia de los Evangelios, su figura destaca como si fuese el personaje de un drama. No era sencillo responder con un “sí” a la invitación del ángel: pero Ella, mujer aún en la flor de la juventud, responde con valentía, a pesar de no saber nada del destino que le esperaba. María en aquel instante se nos presenta como una de las muchas madres de nuestro mundo, valientes hasta el extremo, cuando se trata de acoger en su seno la historia de un nuevo hombre que nace. Ese “sí” es el primer paso de una larga lista de obediencias –¡larga lista de obediencias!– que acompañará su itinerario de madre. Así María aparece en los Evangelios como una mujer silenciosa, que a menudo no comprende todo lo que pasa a su alrededor, pero que medita cada palabra y cada suceso en su corazón.

En esta disposición hay un detalle bellísimo de la psicología de María: no es una mujer que se deprime ante las incertidumbres de la vida, especialmente cuando nada parece salir bien. Tampoco es una mujer que protesta con violencia, que arremete contra el destino de la vida que nos revela a menudo un rostro hostil. En cambio, es una mujer que escucha: no olvidéis que siempre hay una gran relación entre la esperanza y la escucha, y María es una mujer que escucha. María acoge la existencia tal como se entrega a nosotros, con sus días felices, y también con sus tragedias que nunca hubiéramos querido pasar. Hasta la noche suprema de María, cuando su Hijo es clavado al leño de la cruz.

Hasta ese día, María casi había desaparecido de la trama de los Evangelios: los escritores sagrados dejan entender ese lento eclipsarse de su presencia, su permanecer muda ante el misterio de un Hijo que obedece al Padre. Pero María reaparece precisamente en el momento crucial: cuando buena parte de los amigos se han alejado por miedo. Las madres no traicionan, y en ese instante, al pie de la cruz, nadie puede decir cuál sería la pasión más cruel: si la de un hombre inocente que muere en el patíbulo de la cruz, o la agonía de una madre que acompaña los últimos instantes de la vida de su hijo.

Los Evangelios son lacónicos, y extremadamente discretos. Recoge con un simple verbo la presencia de la Madre: “estaba” (Jn 19,25), Ella estaba. Nada dicen de su reacción: si lloraba, si no lloraba... nada; ni siquiera una pincelada para describir su dolor: de esos detalles luego se dispararía la imaginación de poetas y de pintores regalándonos imágenes que han entrado en la historia del arte y de la literatura. Pero los Evangelios solo dicen: “estaba”. Estaba allí, en el momento más feo, en el momento más cruel, y sufría con el Hijo. “Estaba”.

María “estaba”, simplemente estaba allí. Ahí está nuevamente, la joven doncella de Nazaret, ya con los cabellos grises por el pasar de los años, todavía luchando con un Dios que solo necesita ser abrazado, y con una vida que ha llegado al umbral de la más densa oscuridad. María “estaba” en la noche más negra, pero “estaba”. No se fue. María está ahí, fielmente presente, cada vez que hay que tener una vela encendida en un lugar de bruma y de niebla. Tampoco Ella conoce el destino de resurrección que su Hijo estaba en aquel instante abriendo para todos los hombres: está allí por fidelidad al plan de Dios de la que se proclamó sierva en el primer día de su vocación, pero también por su instinto de madre que simplemente sufre, cada vez que hay un hijo que atraviesa una pasión. Los sufrimientos de las madres: ¡todos hemos conocido mujeres fuertes, que han afrontado tantos sufrimientos de sus hijos!

La volveremos a encontrar el primer día de la Iglesia, Ella, *madre de esperanza*, en medio de aquella comunidad de discípulos tan frágiles: uno había renegado, muchos habían huido, todos pasaron miedo (cfr. Hch 1,14). Pero Ella simplemente estaba allí, del modo más normal, como si fuese una cosa absolutamente natural: en la primera Iglesia envuelta por la luz de la Resurrección, pero también por los temblores de los primeros pasos que debía dar en el mundo.

Por eso, todos la queremos como Madre. No somos huérfanos: tenemos una Madre en el cielo, que es la Santa Madre de Dios. Porque nos enseña la virtud de la espera, también cuando todo parece privado de sentido: Ella siempre confía en el misterio de Dios, incluso cuando Él parece eclipsarse por culpa del mal del mundo. Que en los momentos de dificultad, María, la Madre que Jesús nos regaló a todos, pueda siempre sostener nuestros pasos, pueda siempre decir a nuestro corazón: “¡Levántate! Mira adelante, mira el horizonte”, porque Ella es Madre de esperanza.

Sugerencia para la liturgia:

Misas de la Virgen María, número 37: La Virgen María, madre de la santa esperanza.

2º. Domingo día 29

Virgen Poderosa

Se distinguen dos clases de poder: propio y participado. Sólo Dios es Poderoso por virtud propia, Aquellos a quienes Dios les comunique poder es por voluntad de El (poder participado). Cuando decimos que María Santísima es poderosa, no la igualamos a Dios, ni decimos que Ella lo sea por sí misma. Este poder del cual Ella está revestida le viene de Dios, le fue comunicado por gracia especial de Dios.

María es poderosa porque su poder se asocia al de su Hijo Jesucristo. Su divina Maternidad es el fundamento principal de su poder. Es imposible determinar los límites de esta omnipotencia participada. La omnipotencia participada de María brilla principalmente en el universo sobrenatural en el cual Ella ha sido constituida Madre espiritual de los redimidos, cooperadora de Cristo en la redención y en la salvación de las almas. Decimos principalmente, porque también en el orden físico Ella ejerce un gran poder, como lo prueban las numerosas curaciones que concede a sus devotos. Basta recordar los milagros de Lourdes.



El poder de María Santísima tiene por fin cooperar a la obra de la Redención, a la cual están llamados todos los seres humanos sin distinción y, a alcanzar los bienes de los que tienen necesidad.

San Luis María De Montfort, Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen.

El poder de María sobre todos los demonios resplandecerá, sin embargo, de modo particular en los últimos tiempos, cuando Satanás pondrá asechanzas a su calcañar, o sea, a sus humildes servidores y pobres hijos que Ella suscitará para hacerle la guerra.

Serán pequeños y pobres a juicio del mundo; humillados delante de todos; rebajados y oprimidos como el calcañar respecto de los demás miembros del cuerpo.

Pero, en cambio, serán ricos en gracias y carismas, que María les distribuirá con abundancia; grandes y elevados en santidad delante de Dios;

Superiores a cualquier otra creatura por su celo ardoroso; y tan fuertemente apoyados en el socorro divino, que, con la humildad de su calcañar y unidos a María, aplastarán la cabeza del demonio y harán triunfar a Jesucristo.

Oración de San Juan Bosco

Oh, María, Virgen poderosa, grande e ilustre defensora de la Iglesia, Admirable auxiliadora de los cristianos. Terrible contra los enemigos del alma como un ejército en orden de batalla. Tú que has triunfado de las herejías y de los errores del mundo, consuélanos en nuestras angustias. Fortalécenos en nuestras luchas. Asístenos en los momentos difíciles. Protégenos contra los adversarios de la salvación y a la hora de la muerte llévalos al gozo eterno del paraíso. Amén.

Sugerencia para la liturgia:

La del Domingo I de Adviento.

Causa de nuestra alegría

Jesucristo fue y es causa fundamental y primera de nuestra alegría. María es causa secundaria e instrumental. Nosotros amamos la alegría porque es un bien y amamos la felicidad de la cual la alegría es un fruto. También Dios quiere que estemos alegres pues El "Ama al que da con alegría" (2ª Cor. 9.7).

Existen dos clases de alegría: Una, la de aquellos que encuentran alegría donde tendrían motivo para entristecerse, esto es, en el pecado. También la de quienes aunque no ponen su alegría en el pecado, pero sí se deleitan en los honores, en las riquezas, en las comodidades de la vida y en todo aquel cúmulo de frivolidades que un refinamiento insaciable va acumulando sobre los grandes caminos del progreso.

Esta alegría, aún la menos culpable, es frívola, falsa, momentánea. Es frívola porque satisface más a los sentidos que al alma. Es falsa, parece alegría, pero no lo es, llena el corazón por breves momentos, pero pronto lo deja vacío y descontento. Es momentánea, fugaz. La vida del ser humano es muy breve y con frecuencia regada de lágrimas. Los bienes materiales no pueden darnos la felicidad.

La otra clase de alegría es la cristiana y es muy distinta porque más allá de las sombras del misterio y tras el velo de las lágrimas, alcanza y saborea una alegría verdaderamente tranquila, veraz y duradera, como los bienes en los que se funda: la tranquilidad de conciencia, la amistad con Dios la justa apreciación de los bienes de esta vida, la paciencia en las adversidades, la esperanza de los bienes eternos, son fuentes inagotables de indecible y sólida alegría. No hay fuerza humana o de acontecimientos que pueda arrebatarse esta perfecta alegría que anida en las íntimas profundidades del alma y que se identifica con el amor de Jesucristo.

María es causa de nuestra alegría porque nos dio a Jesús el Verbo Encarnado.

Ángelus papa Francisco, 14 de diciembre de 2014

Todos nosotros bautizados, hijos de la Iglesia, estamos llamados a acoger siempre de nuevo la presencia de Dios en medio de nosotros y ayudar a los demás a descubrirla, o a redescubrirla si la olvidaron. Se trata de una misión hermosa, semejante a la de Juan el Bautista: orientar a la gente a Cristo —ino a nosotros mismos!— porque Él es la meta a quien tiende el corazón del hombre cuando busca la alegría y la felicidad.

También san Pablo indica las condiciones para ser «misioneros de la alegría»: rezar con perseverancia, dar siempre gracias a Dios, cooperando con su Espíritu, buscar el bien y evitar el mal (cf. 1 Ts 5, 17-22). Si este será nuestro estilo de vida, entonces la Buena Noticia podrá entrar en muchas casas y ayudar a las personas y a las familias a redescubrir que en Jesús está la salvación. En Él es posible encontrar la paz interior y la fuerza para afrontar cada día las diversas situaciones de la vida, incluso las más pesadas y difíciles. El cristiano es una persona que tiene el corazón lleno de paz porque sabe centrar su alegría en el Señor incluso cuando atraviesa momentos difíciles de la vida. Tener fe no significa no tener momentos difíciles sino tener la fuerza de afrontarlos sabiendo que no estamos solos. Y esta es la paz que Dios dona a sus hijos.

Que la Virgen María, «Causa de nuestra alegría», nos haga cada vez más alegres en el Señor, que viene a liberarnos de muchas esclavitudes interiores y exteriores.

Sugerencia para la liturgia:

Misas de la Virgen María, número 34: La Virgen María, causa de nuestra alegría,



Reina de la paz

Ardía la guerra mundial, el odio y los estragos se extendían a todas las Naciones; los campos de concentración llenos de fugitivos, de prisioneros, de confinados; las familias deshechas; los hogares abandonados; la loca carrera de la muerte sembraba innumerables víctimas en los campos de batalla y en los hospitales y despedazaba los corazones de millones de esposas, de madres, de hijos, de novias y de amigos; el espectro del hambre; el espectáculo de las inmensas ruinas sembradas por la guerra; las terribles incógnitas del mañana, mantenían en angustia a todos los corazones, que cada día exploraban el futuro obstinadamente oscuro y amenazador.

En esas circunstancias, el Papa Benedicto XV, el 30 de Noviembre de 1915, concedió facultad a los obispos para añadir a las Letanías Lauretanas, la Invocación "Reina de la Paz, ruega por nosotros".

La paz, la más noble aspiración del corazón humano, es, según San Agustín, la tranquilidad del orden. La paz es la constante serenidad del ambiente moral que hace que la vida sea tranquila y fecunda. En este ambiente todo prospera y crece.

El Divino Redentor quiso que toda su vida discurriera entre dos mensajes de PAZ: la cantaron los Ángeles en Belén y la que anunció El mismo a los Apóstoles el día de su Resurrección: "La Paz sea con vosotros".

De dos clases de paz puede gozar el hombre: la externa y la interna.

a) La paz externa consiste en la tranquilidad del orden externo, en las amistosas relaciones de los hombres entre sí, cuando son excluidas las disensiones, las contiendas, las disputas y las guerras.

Todos los hombres creados a imagen y semejanza de Dios estamos en la tierra para amarnos, no para oprimirnos y matarnos. Todos nos dirigimos a la Patria común: el Cielo. Esta paz pedimos a Dios por medio de la Virgen María.

b) La paz interior, que es el germen y la condición de la paz exterior, consiste en la posesión de la Gracia santificante, de la vida sobrenatural. Este tesoro inestimable que Jesucristo nos mereció al precio de su sangre nos hace hijos de Dios (en el Hijo), herederos del cielo ... de la felicidad eterna.

Esta paz externa e interna, es la que imploramos a María con la invocación 'Reina de la Paz'. Y, nótese que no la llamamos amiga o madre de la paz, sino que la llamamos Reina, porque Ella ha Poseído la paz en grado sumo, en una medida verdaderamente regia.

La paz interna, porque desde el primer instante de su existencia Ella estuvo llena de gracia y fue elegida para engendrar en su serio al Príncipe de Paz. La paz externa, porque Ella al pie de la Cruz abrazó con caridad maternal a todos los hombres, mostrando especial predilección y misericordia para los pecadores.

Sólo cuando se ha quitado la causa de todo mal, que es el pecado, podemos vivir la paz estable, perfecta y duradera. ¡Virgen Santísima Reina de la paz, acoge benignamente nuestra oración. Inspira pensamientos de paz a los que gobiernan, y haz que la justicia y la caridad florezcan en las almas, en las familias y en la sociedad.

Sugerencia para la liturgia:

Misas de la Virgen María, número 45: La Virgen María, reina de la paz.



Puerta del cielo

El título de María como *“Puerta del cielo”* tiene un claro significado profético y escatológico, es decir, relacionado con la presencia de María en la historia humana no solo como camino de la salvación sino también en relación con la meta misma de nuestra vida terrena. *“María Puerta del Cielo”* suscita también resonancias evangélicas, como la expresión del Señor: *“Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará”* (cf. Jn 10,9; cf. 10,7). Recordemos que fue pronunciada en el contexto del discurso sobre el Buen Pastor, invitando a los oyentes a acceder a los bienes de la salvación por la puerta que es Él mismo en persona y no por otras mediaciones.

El Concilio Vaticano II, aludiendo a algunos de los títulos con los que el pueblo cristiano invoca a María recordó que Ella *“con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso, la Bienaventurada Virgen en la Iglesia es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora”* (LG 62). Aunque el texto conciliar no menciona expresamente el título de *“Puerta del cielo”*, sin embargo este título está implícito entre los citados, alusivos todos a la participación de María en la mediación de Cristo.

En este sentido, la aplicación a la Santísima Virgen María de la referencia a la *“Puerta”* que es Cristo, encierra así mismo un hermoso significado: nos recuerda que María, la Madre del Señor, es también *“Puerta”* de acceso seguro al Hijo de Dios hecho hombre.

La puerta de acceso al banquete de bodas, es decir, al cielo, puede abrirse gracias a María. *“Las puertas del paraíso que Eva había cerrado, por ti se han vuelto a abrir, Virgen María”*. Esto no significa que Nuestra Señora se salte las disposiciones divinas, sino que, gracias a Ella no solamente vino al mundo quien podía liberarnos de nuestras culpas y pecados, sino que, además, nos acoge en el banquete eucarístico una vez reconciliados.

Hermosa afirmación para la esperanza y para celebrar y agradecer siempre la singular participación de la Santísima Virgen María en favor de todos los que desean y deseamos *“permanecer fieles en el amor de Cristo y que se nos abran las puertas de la Jerusalén celeste”*. Esta esperanza se nutre y forma parte de nuestra fe en la vida eterna.

Con palabras del *Credo del Pueblo de Dios*, compuesto por san Pablo VI, podemos afirmar que *“creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno con respecto a los miembros de Cristo, por el que contribuye para engendrar y aumentar la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos”*.

Sugerencia para la liturgia:

Misas de la Virgen María, número 46: La Virgen María, puerta del Cielo.



Salud de los enfermos

Desde que comenzó la pandemia de coronavirus, son numerosos los fieles que han suplicado a la Virgen con las palabras de esta oración.

¿Qué significa en realidad *Salus Infirmorum*? “Salus” significa a la vez “salud y salvación”. Hay que entender estas palabras de una forma integral, es decir, desde la salud física, psíquica y espiritual, pero también como salud de la enfermedad más grave, que es el pecado y cuya herencia es la muerte. Por su parte, “Infirmorum” significa “no estar firme, decaer”, que es también la falta de estabilidad física, psíquica y espiritual, la decadencia moral y la decadencia en el pecado.

A María la invocamos como salud de los enfermos con esta perspectiva global. Para entenderla bien hay que remontarse a los datos que aparecen en las Sagradas Escrituras. Comenzando en el Génesis, tras el pecado original y la promesa por parte de Dios: “Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella te aplastará la cabeza, tú la morderás en el talón”. De una mujer vendrá una descendencia que acabará con la serpiente y que vendrá a rescatarnos de las consecuencias del pecado.

Pero también en el Antiguo Testamento, el profeta Ezequiel da un dato importante en una enseñanza que representa al templo y del que del lado derecho va saliendo una corriente de agua que por donde pasa va sanando todo lo que encuentra, y en estas orillas las hojas son medicinales. Este es un texto “profético” que anuncia “una realidad que va más allá de lo que Ezequiel percibe”.

Ya con San Pablo, en su carta a los Gálatas, se habla de la “plenitud de los tiempos” pues “Dios envió a su hijo nacido de una mujer, nacido bajo la ley para rescatar a los que están sometidos a la ley”. Lo que decía el Génesis de las hostilidades se cumple y se llama ‘plenitud del tiempo’. El Señor no nos ha abandonado después al pecado, ha realizado una gran historia de salvación que se cumple precisamente en Jesucristo. Es Dios mismo quien viene a salvarnos.

Y María ha sido santuario del Verbo. Y nos ha traído a este mundo al médico que cura todas las enfermedades. María es la Madre de Dios y así lo proclamó el Concilio de Éfeso. Y desde la maternidad de María entendemos todo lo que es la intercesión sobre Cristo, que es su hijo, y sobre el Cristo total, que es la Iglesia. La llamamos madre de Cristo y madre de la Iglesia.

Por ello, es muy oportuno que en este tiempo volvamos la mirada hacia ella y supliquemos su intercesión para que se realice la salvación que sólo su Hijo puede lograr por nosotros. ¿Por qué es “Salud de los Enfermos”? Porque nos ha traído al médico que cura todas las enfermedades. Ella escuchó en el relato de la Anunciación: ‘Para Dios nada hay imposible’.

Desde siempre los cristianos han invocado a María y han pedido su intercesión en la salud, también espiritual. María no ha dejado de realizar esa labor maternal, de ahí que los cristianos acudan a esta maternidad de María para sanar las heridas del cuerpo y del alma.

Sugerencia para la liturgia:

Misas de la Virgen María, número 44: La Virgen María, salud de los enfermos.



7º. Viernes día 4

Auxilio de los cristianos

El corazón de la Virgen María es tan grande que abarca y contiene a toda la humanidad. Dios la creó para que fuera su Madre y madre de todos, la dotó de esta universalidad de afectos para que los afligidos, los enfermos, los pecadores, que recurren a Ella, experimenten esta singular bondad suya.

En la Iglesia se centra la Obra santificadora de Cristo y aunque ella es la amada esposa de Jesús "sin arruga o defecto" (San Pablo) no la sustrajo a las vicisitudes humanas y quiso que tuviera la apariencia de debilidad. En realidad, posee la misma fuerza de Dios, que le prometió la asistencia perenne del Espíritu Santo y así se apoya segura y confiada en las palabras infalibles de su Fundador: "He aquí que estaré con vosotros hasta el fin de los siglos".

San Juan en el Apocalipsis la describe como la ciudad santa, la nueva Jerusalén y así, la nueva Jerusalén (la Iglesia), tiene en María Santísima a su poderosa defensora contra los enemigos de todos los tiempos. Estos enemigos son de dos clases: internos y externos.

Los internos son aquellos que atentan a la verdad que la Iglesia nos enseña, los que pretenden introducir en ella, el error, o sea, los mismos cristianos que se oponen con obstinación, con terquedad a lo que propone la Iglesia Católica. Los enemigos externos son los que no perteneciendo a la Iglesia Católica, la atacan y pretenden destruir la FE de sus miembros que son el Cuerpo Místico de Cristo.

De estas consideraciones sobre el glorioso título de Auxilio de los Cristianos debemos sacar dos importantes enseñanzas para normar nuestra vida cristiana:

Ante todo un filial amor a la santa Iglesia y a su Cabeza visible: el Romano Pontífice. En el amor de todos los católicos, que se centra en el Papa, en la asistencia perenne de Jesucristo y en la poderosa protección de María tenemos una fuerza superior que nos consuela y alienta.

Otra enseñanza, más necesaria hoy que nunca, surge de la maternidad universal y auxiliadora de María y es el deber que tenemos de extender la caridad cristiana con la que nos debemos amar unos a otros, como Dios nos ama, sin distinción alguna, sin olvidar que es contrario a la caridad, levantar barreras de división, de odio, de incomprensión, etc.

¡Oh Madre Santísima que en tus entrañas maternas acoges a toda la humanidad y que a todos socorres en sus necesidades, alcánzanos de tu Divino Hijo esta universal caridad así como la fidelidad a la iglesia católica, fundada con la Sangre de Jesucristo, que es también tu sangre!
¡Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros!

Sugerencia para la liturgia:

Misas de la Virgen María, número 42: La Virgen María, auxilio de los cristianos.



Torre de David

La Torre de David era una construcción fuerte y muy hermosa que se elevaba sobre la cumbre de un monte entre dos profundas vertientes. Esta Torre estaba formada por gruesos bloques cuadrados, unidos entre sí con hierro y plomo, construida por el Rey David para defensa de la ciudad de Jerusalén. Hermosa imagen de María Santísima que se eleva sublime sobre la cumbre de toda belleza y perfección, para defensa de la santa Iglesia de Dios, la mística Jerusalén.

En el antiguo concepto de las obras de defensa, la torre debía tener tres cualidades principales: Belleza, porque servía de ornamento y era expresión de genio artístico. Fortaleza, que la hiciera resistente a todo asalto enemigo y Elevación para que se ensanchara y se extendiera el campo de observación.

Es la elevación y sublimidad de la Virgen María tan excelsa que no hay ninguna igual. Cuanto más alta es la torre, tanto más se extiende el radio de observación y más difícil es para los enemigos escalada y más fácil de descubrir al adversario. De la misma manera si nos acercamos a María, si nos esforzamos en penetrar en lo más íntimo de su Corazón, ¡cuánto se extienden los horizontes del alma! Las verdades de la Fe reciben mayor luz; se aprecia el valor de las cosas del Reino de los Cielos; se tiene más clara conciencia de los propios deberes y de la hermosura de la vida que es el germen de la eternidad; se descubren con más claridad los propios defectos, las malas tendencias. ¡Qué tranquilidad y seguridad en esta Mística Torre, refugio y defensa de la Iglesia militante; en el Corazón de esta Madre que conoce los peligros y las debilidades de sus hijos!



La segunda cualidad de una torre es la fortaleza porque debe servir de defensa y de seguridad. Tal es la Mística Torre, María Santísima. El libro de los Cantares (IV.4) compara el cuello de esta Mujer sublime a la Torre de David, torre fortísima. De esta alegoría, sacó la Santa Iglesia esta Invocación a María, Torre de David, escudo y defensa de toda alma que recurre a Ella.

Es oportuno para imitarla, comentar brevemente, la virtud de la Fortaleza. Es la virtud cardinal que nos hace vencer, por amor a Dios las más arduas dificultades que se oponen a la práctica del bien. La fortaleza cristiana en primer lugar nos da vigor para afrontar las dificultades, para rechazar el mal con un valor regulado por la recta razón. En segundo lugar la fortaleza da valor para soportar los grandes males y para tolerarlos con paciencia. No debemos olvidar las palabras de San Pablo: "todo lo puedo en Aquel que me conforta".

Prescindiendo de la oración - medio ordinario para obtener todas las virtudes - reducimos a cinco los medios eficaces para alcanzar la fortaleza cristiana.

1. Por la humildad.- esto es por la consideración de la propia debilidad.
2. Por ejercitarse en soportar y aceptar los pequeños males.
3. Prever las dificultades y prepararse para combatirlas.
4. Meditando frecuentemente la fortaleza de Jesucristo y de los Santos.
5. Meditar la grandeza de los bienes eternos que Dios tiene preparados para los que superan con perseverancia cristiana los males de esta vida.

Madre Santísima que con el auxilio de tu fuerza, podamos vencer siempre el mal, soportemos las penas y dolores propios de esta vida y alcancemos los bienes futuros.
¡Oh Virgen invencible! Torre de David.

Sugerencia para la liturgia: Misa de la Virgen María del Pilar.

9º. Domingo día 6

Consoladora de los afligidos

Nadie consuela como una madre. Nadie acompaña y anima como ellas. Por ser portadoras de la vida, por albergarla en su seno, todo su ser está modulado para sentir y vibrar con los gozos y dolores de sus hijos. Y así debía ser la mediadora entre Dios y los hombres, una Madre con entrañas que se conmueven compasivas por el sufrimiento de sus hijos y un corazón que se duele de su aflicción y de su mal.

Ella provee de manera especial en nuestras necesidades, sabiendo que mientras vivimos, nunca dejaremos de sufrir carencias. Hasta llegar a Dios y gozar de su presencia, de la plenitud del que será todo en todos, no todas las necesidades serán cubiertas en el tiempo, modo y manera que anhelamos. Pero **si algo podemos y debemos esperar siempre, es el consuelo materno de la Virgen en nuestras aflicciones.** Esto no nos puede faltar en tiempo oportuno, si acudimos a Ella fervientemente. La mejor de las madres ¿dejará de auxiliar a su hijo si éste se lo pide? “¿Quién de vosotros siendo padre, si su hijo le pide pan, le dará una piedra?” (Mt 7,11) ¡Que no se hable más de vuestra misericordia, oh bienaventurada Virgen María, si hubiera un solo hombre que recuerde haberte invocado en vano frente a sus necesidades! (San Maximiliano Kolbe)



María es consoladora en la noche oscura del alma, en el tormento de la enfermedad física o mental, en la miseria del que se aflige esclavo de sus pasiones y pecados... La Virgen puede decirnos: “Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados” (Mt 5,5) Pero, ¿Cómo aceptar una palabra de dicha y de consuelo, en medio de semejante océano de aflicciones? Ella ha recorrido durante su vida mortal el sufrimiento en sus muchas dimensiones, ya se lo profetizó el anciano Simeón: “A ti, una espada te atravesará el alma” (Lc 2,35). Así lo contemplamos en la devoción de “Los siete dolores de la Virgen”, desde la huida a Egipto, hasta el Gólgota. Como su Hijo, “puede compadecerse de nuestras flaquezas, probado en todo igual que nosotros”.

“Si el afligido invoca al Señor, El lo escucha y lo libra de sus angustias” (Sal 33). El mayor consuelo que podemos encontrar en Ella, es el de encontrar la paz y el sentido en la aflicción. No hay mayor desconsuelo que sufrir sin esperanza. Si es inevitable el dolor, al menos podemos servirnos de él como dura escuela de perfección. Ella no pudo evitar el sufrimiento de su Hijo, pero sí pudo acompañarlo al pie de la Cruz e integrarlo en su experiencia como instrumento de salvación, allí donde la muerte, misteriosamente, se convirtió en vida resucitada. Por ello, su mirada trasciende nuestra aflicción para ver la dicha que se esconde al final de la sombra del dolor y de la muerte, en cada una de nuestros calvarios personales. Nuestro gran consuelo será participar de esta mirada de esperanza. El sufrimiento no es el final, es el camino. ¡Quien tiene un por qué, puede resistir cualquier cómo!

Una vez consolados, la Consoladora nos vuelve consoladores. Una verdadera espiritualidad mariana es forzosamente misericordiosa. No es posible ser buen hijo de tan buena Madre y no reproducir sus virtudes. No hay devoción auténtica a la Virgen que no contagie, como por ósmosis, sus actitudes. En sus manos, un dejarse hacer a imagen de Dios, cuyas entrañas se conmueven de misericordia ante toda miseria humana, que no se conforma con compadecer sino que se vuelca en esfuerzo amoroso y fecundo para levantar del polvo al desvalido, alzando de la basura al pobre, como Ella misma proclama en el *Magnificat*. ¡María, consuelo de los afligidos, ruega por nosotros que recurrimos a ti!

Sugerencia para la liturgia:

Misas de la Virgen María, número 41: La Virgen María, madre del consuelo.

ORACIÓN PARA LA NOVENA

Oh María, tú resplandeces siempre en nuestro camino
como signo de salvación y de esperanza.

Confiamos en ti, Salud de los enfermos,
que, junto a la cruz, te asociaste al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.

Tú, salvación del pueblo de Dios,
sabes lo que necesitamos
y estamos seguros de que proveerás para que,
como en Caná de Galilea,
pueda volver la alegría y la fiesta,
después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre Inmaculada,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que nos diga Jesús,
que ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y se ha cargado con nuestros dolores
para llevarnos, a través de la cruz,
a la alegría de la resurrección.

Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios;
no deseches las oraciones que te dirigimos
en nuestras necesidades,
antes bien, líbranos de todo peligro,

¡Oh Virgen gloriosa y bendita! ¡Amén!